

# LOS LÍDERES EN LA PICOTA. EL LIDERAZGO EN LAS LUCHAS ENTRE EL SOCIALISMO Y EL BLASQUISMO DURANTE LA SEGUNDA REPÚBLICA

*Sergio Valero Gómez\**

*Universitat de València*

*Resumen:* El conflicto entre blasquistas y socialistas fue uno de las más feroces del ámbito político valenciano durante los años treinta, y abordó diferentes cuestiones, tanto nacionales como provinciales. Además, para ambos, el liderazgo, representado por Alejandro Lerroux y Francisco Largo Caballero, respectivamente, era uno de los elementos esenciales de identificación y de aglutinamiento. En este artículo se analizará cómo utilizaron dichas formaciones la cuestión del liderazgo en este conflicto.

*Palabras clave:* Liderazgo, Socialismo, Blasquismo, Segunda República Española.

## **Leaders ahead. Leadership in the struggle between socialism and *blasquismo* during the Spanish Second Republic**

*Abstract:* The conflict between the Valencian republicans and socialists was one of the wildest in the Valencian political context during the thirties, and it presented different national and regional aspects. Moreover, both groups considered their leaders, Alejandro Lerroux and Francisco Largo Caballero, respectively, one of the most important elements to identify themselves and come together. In this article, it will be analyzed how these two political groups dealt with the leadership aspects in this conflict.

*Key words:* Leadership, Socialism, *Blasquismo*, Spanish Second Republic.

Los conflictos y choques entre movimientos de masas, principalmente en contextos de competencia política igualitaria, se extienden por todos aquellos ámbitos que estos puedan utilizar para lograr el objetivo de sobrepasar en apoyo social al adversario en cuestión: cuestiones ideológicas, programáticas, discursivas, contradicciones entre el discurso y la práctica política, y el estado interno de las organizaciones, entre otras muchas.

En el caso que nos ocupa, durante la Segunda República, el conflicto entre socialistas y radicales, en el ámbito nacional, es uno de los procesos fundamentales del período. Ambos grupos lucharon por convertirse en la formación hegemónica en torno a la cual pivotara la política del nuevo régimen. Mientras, en el ámbito valenciano, las relaciones entre socialistas y blasquistas se enarrecieron en paralelo a los conflictos que surgieron en el ámbito nacional, aunque abordaron cuestiones específicamente provinciales: la defensa de los intereses económicos y sociales de la provincia ante las instituciones nacionales, el au-

---

Data de recepció: 8 de juliol de 2014 / Data d'acceptació: 21 d'octubre de 2014.

\* Este estudio se enmarca en el proyecto de investigación I+D+i del Ministerio de Ciencia e Innovación HAR2011-27559: "Democracia y culturas políticas de izquierda en la España del siglo XX: desarrollo y limitaciones en un marco comparativo", y en el Grupo de Investigación de Excelencia de la Conselleria d'Educació de la Generalitat Valenciana: PROMETEO/2012/046.

tonomismo, y el *sucursalismo* respecto a las direcciones nacionales de sus formaciones, del que se acusaron mutuamente<sup>1</sup>.

Sin embargo, a pesar de la importancia de este conflicto y sus protagonistas en el devenir del régimen republicano, la historiografía lo ha colocado en un lugar secundario, al menos durante su primera parte, esencial para entender el resto del período, pues buena parte de lo ocurrido a partir de 1933 sólo puede ser entendido teniendo en cuenta las claves imprescindibles del primer bienio. Y una de ellas fue el conflicto de poder entre PSOE y Partido Radical<sup>2</sup>.

Por ello, a lo largo de estas páginas, y con el caso del socialismo valenciano y el blasquismo como ejemplo, intentaremos abordar dicho conflicto, pero desde una perspectiva más concreta: la utilización del liderazgo en estas diatribas, es decir, cómo ambos contendientes apuntaron a la figura del líder, convertido en algo más que un mero dirigente orgánico, para atacar y desprestigiar al adversario, a la vez que reforzaron al propio para asentar y reforzar sus posicionamientos.

Hemos de recordar que, en contextos de amplia movilización política, como fueron los años treinta, los líderes no sólo aparecen como figuras dentro de un movimiento político o social concreto, sino también como aquel que es capaz de aglutinar, transversalmente, a diferentes sectores sociales, políticos e ideológicos dentro de una comunidad política determinada. Obviamente, eso no significa volver a la historia de los héroes y los grandes personajes, sino que, al no prestar la atención adecuada a esos *individuos representativos*<sup>3</sup>, estamos dejando de lado uno de los elementos esenciales de arrastre de apoyos sociales, gracias a los cuales encontramos claves movilizadoras fundamentales.

Dentro de esta concepción de liderazgo se integraría este estudio, en el que se ha hecho uso no sólo de la literatura más actualizada sobre las cuestiones de liderazgo, sobre la Segunda República y sobre las dos formaciones en cuestión, sino también del principal canal utilizado por estas en sus batallas políticas: la prensa propia. *República Social* y, en menor medida, *El Socialista*, en el caso de la FSV, y *El Pueblo*, en el caso del blasquismo.

## SOCIALISMO Y BLASQUISMO DURANTE LOS AÑOS TREINTA

La Valencia de los años treinta fue un escenario singular, donde actuar políticamente era extremadamente complicado como consecuencia de la existencia de una extensa pluralidad de fuerzas políticas contra las que competir.

Este fue el caso de la Federación Socialista Valenciana (FSV) y el Partido de Unión Republicana Autonomista (PURA). Con una trayectoria de competencia muy arraigada durante todo el primer tercio del siglo XX<sup>4</sup>, cuando llegamos a los años treinta, esta tendencia se intensificó. Ambas formaciones se convirtieron en los principales partidos del

<sup>1</sup> Para un mayor desarrollo de estas cuestiones, ver Valero (2012).

<sup>2</sup> Nos referimos, sin querer ser exhaustivos, a obras nacionales y regionales como Juliá (1997); Ruiz Manjón (1976); Franch i Ferrer (1984); y Alós Ferrando (1992).

<sup>3</sup> La fórmula “individuo representativo” es la utilizada por buena parte de la historiografía del nazismo para referirse al liderazgo construido en torno a la figura de Hitler durante los años treinta del siglo XX. Cit. Kershaw (2003), p. 19.

<sup>4</sup> Piqueras Arenas (2006); Aguiló Lucia (1976) y (1981).

régimen republicano, y, por tanto, estaban interesadas en un mismo objetivo: el poder. Ello provocó que sus relaciones se caracterizaran por una lucha fratricida en la que no hubo lugar para el acuerdo.

El socialismo apostaba por que la República se caracterizara por un avance social reformista constante, no quedando “detenida en una democracia burguesa” (*República Social*, 17/2/1936). De este modo, el régimen era concebido y apoyado en la medida que tenía un objetivo fundamental: la existencia de un gobierno con clara “orientación progresista” que arrancara “conquistas políticas y económicas que faciliten y atenúen la llegada inevitable y gloriosa de la civilización socialista” (*República Social*, 16/12/1932). Hasta ese momento, el socialismo aplicaría un “gradualismo reformador” (Aróstegui, 2006), dirigido a la aprobación de mejoras paulatinas de los medios de vida de las clases populares y trabajadoras.

Mientras, en el caso del republicanismo histórico, desde que Lerroux no consiguiera la jefatura de Gobierno a finales de 1931 y viera cómo el protagonismo del Gobierno se lo llevaban tanto el nuevo republicanismo como el socialismo, su objetivo esencial pasó a ser hacerse con las riendas del poder, desplazando, para ello, al PSOE. Con ese objetivo, el PRR y el PURA comenzaron a resituarse políticamente para llegar a ser el pilar del régimen, concebido por ellos como propio, tal y como señalaban con el lema: “la República para los republicanos” (Pérez Galdós, 1996).

La batalla en Valencia, además de estar influida por las dinámicas nacionales, tenía sus propias motivaciones. En este caso, una FSV que no conseguía tener un amplio apoyo político se puso como objetivo agrandar sus bases sociales a costa de las del PURA. Blasquismo y socialismo compartían sus caladeros de votos (las clases populares y trabajadoras de la provincia), por lo que el movimiento socialista centró su atención en el grupo más poderoso, a quien podría arrebatarle los apoyos que necesitaba para aumentar su presencia pública y su poder.

En este sentido, el socialismo se ensañó con el PURA en el ámbito provincial, con un argumento fundamental: la traición que suponía el viraje político hacia la moderación que el republicanismo histórico protagonizó a lo largo de los años treinta. La aparición de nuevas formaciones republicanas a su izquierda, con un discurso social más trabado y profundo, y la moderación de algunos de sus mensajes con el objetivo de atraer a ciertos sectores sociales que, junto a los ya representados, les convirtiera en el puntal del régimen, llevaron al republicanismo histórico a protagonizar, a partir de 1931, un claro proceso de derechización. La FSV aprovechó este proceso para endurecer sus críticas hacia el PURA con el objetivo de hacer ver a sus bases que ya no eran sus dirigentes los que mejor defendían sus intereses, sino que lo eran otros sectores políticos y, principalmente, ellos, los socialistas.

Este enfrentamiento tuvo su mejor plasmación en los conflictos que se produjeron en torno al reformismo del primer bienio. Mientras el socialismo consideraba que, tal y como él lo había llevado adelante, era intocable, el blasquismo creía que en él radicaba uno de los problemas fundamentales del régimen republicano, pues había producido no sólo cierto clientelismo socialista, a través del corporativismo sindical que algunas medidas suponían (Juliá, 1987, 27-47), sino, sobre todo, el surgimiento de una poderosa derecha católica, que no sólo competía duramente contra ellos, sino que, además, hacía peligrar la República.

Por todo ello, después de dos años en la oposición clamando contra el reformismo socialista, el radical-blasquismo comenzó, en 1933, su tarea de gobierno con una profunda revisión de dicho reformismo. Al socialismo le afectaron profundamente las que afectaban

a las relaciones laborales, base de su reformismo, con dos ejemplos paradigmáticos: la limitación de las actuaciones de los Jurados Mixtos y la revocación de la Ley de Términos Municipales. Y, aunque el programa revisionista radical-cedista no fue más allá en este campo y no procedió a derogar otras leyes sociales y laborales, la actuación por omisión fue tanto o más importante como la actuación rectificadora. La combinación de ambas creó una situación en la que, como señala Julián Casanova.

*Los terratenientes discriminaban a los militantes socialistas y anarquistas más combativos, bajaron los salarios y recuperaron una buena parte del poder que habían perdido en los primeros momentos de la República (Casanova, 2007, 120).*

Este revisionismo tuvo dos respuestas contundentes por parte del socialismo: la huelga general campesina, de junio de 1934, y la revolución de octubre de ese mismo año. Estas acciones tuvieron graves consecuencias para la FSV, pues desde el Gobierno, el radical-blasquismo actuó implacablemente y, aunque su estrategia represora fue menos dura que la propugnada por la derecha católica, ello no impidió el cierre de sedes, de diarios y la destitución de concejales.

Por ello, desde el socialismo, se mantuvieron los mismos presupuestos, ya defendidos antes de octubre de 1934: el radicalismo actuaba como subalterno de la derecha más ultramontana y reaccionaria. Ahora esta idea se veía reforzada y, cuando un año después, en 1936, el PURA intentó volver de nuevo al pacto con las fuerzas de izquierda, aquellas junto a las cuales había puesto en marcha el régimen en 1931, ya era demasiado tarde y fue rechazado tanto por republicanos como por socialistas.

Ahora bien, tampoco el socialismo consiguió lo que buscaba, pues, en el mejor momento para conseguir su objetivo de atraer el apoyo de la mayoría de las clases populares y trabajadoras valencianas, este se lo arrebató el nuevo republicanismo representado por Izquierda Republicana, que se convirtió en el destino de muchos de los que habían sido apoyos del blasquismo.

Ello revelaba tanto la incapacidad del socialismo para saber captar a esos sectores como la interiorización que estos habían hecho de los valores emanados del republicanismo histórico, de forma que la batalla entre el blasquismo y el socialismo acababa con la derrota de ambos y la victoria de un tercer actor. El blasquismo dejó de ser la opción mayoritaria de las clases populares valencianas, pero el socialismo no llegó a convertirse en su recambio.

## EL LIDERAZGO Y LOS LÍDERES DE LOS AÑOS TREINTA

En los movimientos políticos y sociales de masas un elemento fundamental es el líder: aquel personaje, dotado normalmente de carisma –al menos entre sus seguidores–, en el que las masas del movimiento ponen su confianza para dirigir y tomar las principales decisiones.

Los estudios sobre el liderazgo tienen un largo recorrido, desde que Max Weber hablara de “autoridad carismática” (Weber, 1944). Y, aunque su definición pueda tener una gran vigencia<sup>5</sup>, faltaría algún ingrediente que hiciera más comprensible el liderazgo en socieda-

<sup>5</sup> Sobre todo en aquello que Weber señalaba respecto a la importancia de prestar atención a cómo dicho individuo es percibido por sus seguidores. Cit. Kershaw, 2003, p. 24.

des democráticas, relacionado, fundamentalmente, con la identificación del líder y sus seguidores. Bien clara es la presencia de las identidades en referencia a las fidelidades partidarias (Carnero, 2008) y, en el caso del liderazgo, este sería una emanación individualizada y directa de aquella.

En este sentido, el liderazgo se caracterizaría porque:

*a) se desempeña en un contexto específico de interacción y refleja en sí mismo (y en “su cometido”) la “situación” de ese contexto; b) manifiesta ciertas motivaciones del líder y requiere ciertos atributos de personalidad y habilidad, además de ciertos recursos en general, que son todos (motivaciones, atributos y recursos) variables del papel en función de su contexto; c) está ligado a las expectativas de sus seguidores, con sus recursos, sus demandas y sus actitudes (Petracca, 1982, 945).*

De este modo, no hay que destacar simplemente la individualidad del líder como alguien con una personalidad sobresaliente, sino como quien, en un contexto concreto, *personaliza*, representa y es reflejo de los rasgos y valores que caracterizan, son y/o llegan a ser la aspiración máxima de la colectividad en cuestión. Ello supone que no existirá, por tanto, únicamente una relación de verticalidad entre líder y seguidores, que por supuesto se sigue manteniendo, sino también una relación horizontal y transversal, pues el primero surge de las entrañas de los segundos, como representación paradigmática de estos (Puhle, 2012, 25; Martín Arranz, 1987, 76; Álvarez Junco, 2012, 48).

Por tanto, líder y seguidores no estarían en el mismo plano, pero este no se impondría a otras posibles alternativas existentes de forma autoritaria, sino que adquiriría la representatividad del liderazgo de una forma fluida y encauzada por ser reflejo, en sus rasgos personales, de la colectividad o de los deseos de futuro de esta, del ideal que esta persigue. Por ello, a menudo se le atribuyen rasgos que no le son propios, pero “con los cuales es poco a poco investido por el rito social de la veneración” (Martín Arranz, 1987, 84)<sup>6</sup>.

El líder pasa de ser un hombre a convertirse casi en un ser divino, en torno al cual se crea toda una serie de mistificadores elementos mitificadores que lo elevan a un plano superior al resto de miembros del movimiento. Por ello, en estos movimientos de masas, seguir al líder en sus decisiones es fundamental y defenderlo de los ataques de los adversarios es obligación. Al mismo tiempo, desde la parte opuesta, intentar derribar al líder contrario se convierte en la tarea principal de cara a desacralizarlo y deshacer todo el movimiento construido en torno a él (Álvarez Junco, 2012, 45-58). Todos estos procesos se ven movidos por la teoría de los vasos comunicantes, de manera que cuanto más se desprestigie al líder opuesto, mayor prestigio alcanzará el propio, y viceversa.

La Segunda República española fue un período de eminentes liderazgos. El caso paradigmático fue el *azañismo*: un liderazgo transversal, que sobrepasaba los límites de la minúscula formación política que lideraba Manuel Azaña y que se convirtió en sinónimo de reformismo progresista en lo político y en lo social. En contraposición a este liderazgo, desde la derecha emergió, ya mediado el período, la figura de José María Gil-Robles. Menos carismático que el líder republicano, el catolicismo político quiso hacer de él, a través de una moderna publicidad política, su propio *conductor*, su “Jefe”.

<sup>6</sup> Un caso paradigmático en el socialismo español es el de Pablo Iglesias. Ver Pérez Ledesma (1987).

Ahora bien, estos casos se refieren a políticos nuevos, situados a la cabeza de movimientos políticos recién nacidos o fortalecidos al calor del contexto político instaurado a partir de 1931. Mientras, en el caso que nos ocupa, tanto el PSOE como el republicanismo histórico, representado por el blasquismo, el radicalismo, y otras formaciones similares de corte local, eran movimientos políticos con un largo recorrido, nacidos en las últimas décadas del siglo XIX y con un claro protagonismo durante todo el período restauracionista.

En ellos, el liderazgo había jugado un papel esencial. Innegable fue el papel jugado por Pablo Iglesias en la creación, estructuración y organización del primer socialismo, al igual que el protagonismo tanto de Vicente Blasco Ibáñez, como del propio Alejandro Lerroux, y de otras personalidades locales, como Fernando Gasset, en Castellón, en el éxito del republicanismo histórico durante el régimen canovista. Cuando llegamos a los años treinta, el PSOE y el republicanismo histórico se moverían en torno a dos claros liderazgos: el de Francisco Largo Caballero y el de Alejandro Lerroux, respectivamente.

La muerte de Iglesias, en 1925, había dado lugar a una atomización del liderazgo socialista entre algunas figuras eminentes, todas ellas presentes en las direcciones nacionales del partido y del sindicato, hasta que, a partir de 1932, y a pesar de las divisiones, Largo Caballero recogió el testigo de Iglesias como líder indiscutido de la mayor parte de las bases socialistas. Mientras, en el caso del republicanismo histórico, los liderazgos locales decidieron convertir a Lerroux en su *primus inter pares* en la política nacional, con lo que el liderazgo de aquel se asentaba sobre el apoyo de estos en sus respectivos ámbitos de influencia.

Sin embargo, ambos líderes tenían características bien diferenciadas. Mientras el *emperador del Paralelo* era en los años treinta un vetusto líder del republicanismo histórico más radical y menos contemporizador con la Monarquía y sus instituciones y valores anejos, el *Lenin español* era, en esos mismos años, un líder vetusto, es decir, un sexagenario militante y dirigente socialista que, tras años en las cúpulas del partido y del sindicato, a la sombra de Pablo Iglesias, vio cómo era alzado por buena parte de la militancia como el auténtico sucesor del *Abuelo*.

Sus recorridos vitales, salvo algunas coincidencias muy tangenciales, eran completamente dispares. Largo Caballero era el ejemplo personificado de la coherencia política y del trabajo incansable dentro de la organización. Estuquista de profesión, se afilió a los 21 años –en 1890– a la UGT y cuatro años después a la Agrupación Socialista Madrileña, y toda su vida política y sindical discurrió bajo el paraguas del socialismo, ascendiendo en los escalafones internos de las organizaciones poco a poco y a base de trabajo de *pico y pala*. Esto le supuso ser nombrado vocal del Instituto de Reformas Sociales en 1904, concejal en el Ayuntamiento de Madrid, diputado y miembro de la Ejecutiva del Partido, y, finalmente, Secretario general del sindicato desde 1918. Desde ahí, escalaría en los años veinte hasta la vicepresidencia del Partido hasta llegar a la presidencia de ambos organismos durante los años treinta, momento en el que sería encumbrado a lo más alto del *santoral* socialista (Aróstegui, 2013).

Por su parte, Lerroux no siguió la misma trayectoria lineal del líder socialista, sino que, tras dar algunos bandazos políticos, personales y laborales durante su juventud, acabó asentándose en el republicanismo zorrillista y en el periodismo en la segunda mitad de los años ochenta del siglo XIX, hasta llegar a ser director del diario de su familia política, *El País*, en 1893. Escritor y orador radical, siempre sostuvo que el anticlericalismo y la atracción de los obreros eran las nuevas vías para fortalecer el republicanismo, y comenzó a despuntar a partir de la muerte de Ruiz Zorrilla y en contra de los sucesivos líderes re-

publicanos sucesores de este, gracias a su lenguaje violento y efectista. Sería en esos años del cambio de siglo cuando Lerrooux cambió Madrid por Barcelona, donde su modelo político arraigaría profundamente hasta convertirlo en el líder de masas por antonomasia en los primeros lustros del siglo XX (Álvarez Junco, 1990). Ahora bien, cuando lleguemos a los años treinta, tal y como afirmó José Álvarez Junco.

*Era ya el prototipo del republicanismo “histórico” en el peor de los sentidos, con todo el lastre de vacuidad programática y patronazgo propio de las viejas formaciones de notables y ninguna de las capacidades de ruptura, a la vez que de integración, que dirigente y movimiento habían mostrado en su etapa inicial (Álvarez Junco, 1988, 52).*

¿Cómo, entonces, el blasquismo optó por seguir a Lerrooux durante el período republicano en lugar de erigir líderes propios? Varios fueron los factores que movieron al republicanismo histórico valenciano.

En primer lugar, hemos de atender al proceso de nacionalización de los mecanismos políticos que se produjo durante los años treinta. Este proceso se puede ver representado en cuestiones como las circunscripciones electorales provinciales en lugar de uninominales y la primacía de las grandes coaliciones en las normas electorales de la República<sup>7</sup>. Todo ello hacía necesario encontrar aliados que aseguraran la consecución de una amplia representación en las Cortes, gracias a la cual poder optar a una gran influencia política.

A ello se añade que Sigfrido Blasco, líder del blasquismo durante la Segunda República, era prácticamente un recién llegado a la política, no sólo nacional, sino también local. Tras la salida de Vicente Blasco Ibáñez de la dirección del PURA en 1909, Félix Azzati se hizo cargo del partido hasta su muerte en 1929 y, en ningún caso, el hijo menor del escritor valenciano se implicó, ni en el ámbito orgánico ni el representativo, en la vida del partido que fundara su padre. Sólo tras la muerte de Azzati y llegados al difícil contexto político que se inició en 1930, Sigfrido Blasco daría un paso al frente y, junto a algunos dirigentes de segunda fila del período *azzatista*, encabezaría la reorganización del PURA y su preparación para el nuevo contexto político (Franch, 1984, 5-39).

Ante estas cuestiones, el blasquismo acudió al que ya había sido aliado en momentos anteriores: Alejandro Lerrooux<sup>8</sup>, quien, además, reunía más méritos para que gozara del cortejo del blasquismo, pues era el único de los líderes del republicanismo histórico, de entre aquellos que habían alcanzado renombre nacional, que aún mantenía ese prestigio<sup>9</sup>. De hecho, en los años veinte, coincidiendo con la reorganización de la oposición a la dictadura de Primo de Rivera, los diferentes grupos republicanos del país lograron coordinarse en la Alianza Republicana, al frente de la cual se situó el propio Lerrooux, reconocido como máximo representante del republicanismo histórico<sup>10</sup>. Por tanto, Lerrooux iba convirtiéndose, a través de esa plataforma, en líder nacional y, llegado el momento de las luchas

<sup>7</sup> Decreto del Ministerio de Gobernación, *Gaceta de Madrid*, 8/5/1931; Ley de 27/7/1933, con la que se modifican algunos aspectos del Decreto de 8/5/1931, *Gaceta de Madrid*, 28/7/1933.

<sup>8</sup> Las relaciones con Lerrooux habían sido fructíferas mientras Vicente Blasco Ibáñez había sido líder del PURA, pero se enfriaron a partir de que Félix Azzati asumiera la dirección del partido.

<sup>9</sup> Sobre todo tras el exilio y posterior muerte, en 1928, del propio Blasco Ibáñez.

<sup>10</sup> Dicha plataforma estaba formada por grupos republicanos de diferente tipología: federales, catalanistas, grupos republicanos de reciente creación y el republicanismo histórico.

políticas en el período 1930-1931, fue alzado como único líder capaz de encabezar un proyecto nacional dentro del republicanismo que representaba (Townson, 2002).

De hecho, el propio Sigfrido Blasco, en 1936, en un contexto complicado en el que debía explicar por qué hizo transitar al PURA por el camino de la moderación junto al PRR, asumió que la decisión venía marcada por intentar “evitar que a València es formés el PRR a expensas del propi PURA” (Franch, 1984, 167). Es decir, Blasco sabía que Lerroux era el único “individuo representativo” (Kershaw, 2003, 19) del republicanismo histórico, dentro del cual se había situado tradicionalmente el PURA y donde Blasco quería seguir situándolo. En ese ámbito, Lerroux era el único líder republicano con el pedigrí suficiente como para ser considerado nuevo caudillo del republicanismo histórico coaligado, del radical-blasquismo. “No queda otra voz, no queda otra autoridad” más legitimada que la de Lerroux, que no era de los “llegados a la hora de la victoria” (*El Pueblo*, 23/2/1932).

Por tanto, en un contexto de nacionalización de la política y ante un liderazgo sin tradición como el suyo, Blasco y el resto de dirigentes del PURA, decidieron que caminar junto al PRR y Lerroux era la mejor forma de afrontar el nuevo período que comenzaba. Y así lo explicaban ellos mismos:

*Para nosotros, los republicanos del Partido de Unión Republicana Autonomista [PURA] de Valencia, muerto Blasco Ibáñez, nuestro caudillo (...) ninguna otra voz nos puede agradar (...) que la de Lerroux (El Pueblo, 23/2/1932).*

Por ello, las alabanzas a la personalidad de Lerroux eran encabezadas por los propios líderes locales del republicanismo histórico, como era el caso de Ricardo Samper, quien en declaraciones a *El Sol*, recogidas por *El Pueblo*, señalaba que Lerroux era el verdadero “guardador de las legítimas esencias republicanas”, y, por ello, en él radicaba “la salvación de la República” (*El Pueblo*, 13/1/1932). Ello suponía que era obligación del blasquismo también defenderlo de los ataques a los que se veía sometido por parte, sobre todo, de los socialistas, aquellos que “no vacilaron en colaborar con la monarquía y hasta con la miserable dictadura” (*El Pueblo*, 10/3/1932).

## LOS LÍDERES EN LA PICOTA

No podemos señalar quién fue el primero que empezó la batalla de ataques a los líderes respectivos, pero la historiografía ha visto un posible punto de partida de este conflicto en el rechazo de Indalecio Prieto a apoyar un posible gobierno presidido por Alejandro Lerroux tras las elecciones para Cortes Constituyentes de junio de 1931. El socialista bilbaíno afirmó que “nosotros no prestaremos ninguno de estos auxilios a un Gobierno presidido por Lerroux. Tendría, pues, un ministerio bajo esa jefatura que desplazarse francamente hacia la derecha” (*El Debate*, 30/6/1931)<sup>11</sup>.

A partir de este momento y, sobre todo, desde que Manuel Azaña llegara a la Presidencia del Consejo de Ministros en lugar de Lerroux, en octubre de 1931, ambos grupos se enzarzaron en una dinámica de ataques que tuvo a los líderes respectivos como un objetivo más.

<sup>11</sup> Citado por Ruiz Manjón, 1976, 206 y Townson, 2002, 85.

Por parte del socialismo, los preferidos fueron, obviamente, Sigfrido Blasco y Alejandro Lerroux. El primero era considerado un pelele de los radicales y un traidor a la trayectoria del partido fundado por su padre, debido a la derechización que estaba viviendo la organización republicana bajo su dirección, mientras que el segundo estaba dirigido por la *mano negra* de la derecha más radical. Para los socialistas, a

*Lerroux le escrib[ía]n la papeleta fuera del Parlamento, en una reunión, de curas, jesuitas, nobles expropiados, magistrados separados de sus cargos, militares descontentos, comerciantes enemigos de las bases de trabajo, propietarios, patronos, etc. (República Social, 17/2/1933).*

Todos estos ataques pueden verse resumidos en el siguiente texto:

*El señor Lerroux traiciona todos los compromisos adquiridos con la República en el Comité revolucionario, en las Cortes y en el Gobierno. El señor Lerroux preside una minoría de donde ha sido expulsado por el Parlamento un diputado cogido in fraganti en acto inmoral. El señor Lerroux está respaldado por los viejos políticos que hicieron elecciones durante la monarquía desde el ministerio de la Gobernación. El señor Lerroux ha ofrecido carteras en su hipotético Gabinete a Santiago Alba y a Melquíades Álvarez. El señor Lerroux es la esperanza de los monárquicos y del hediondo caciquismo. El señor Lerroux acaudilla la Unión Patriótica de la República (República Social, 24/3/1933).*

Estas acusaciones se completaban recurriendo a la larga trayectoria del político radical para observar cómo habían cambiado su pensamiento y sus actuaciones políticas, haciendo referencia a un pasado más o menos próximo en el que Lerroux perseguía acabar con “los privilegios de la Iglesia; el predominio de los caciques; el derecho de propiedad; el militarismo...”. Pero ese Lerroux ya no existía. En este momento, “don Ale es un gran financiero, amigo del nuncio, cuenta con la sincera amistad de los grandes caciques y tiene auto, casas y gran solvencia en los Bancos...”. Por todo esto, era “difícil distinguirlo de Gil Robles” (*República Social*, 13/10/1933), lo cual suponía un golpe bajo para el radicalismo, al equiparar a su líder, que supuestamente representaba los valores del republicanismismo laicista y moderado, con el líder de la derecha católica, profundamente influida por la jerarquía eclesial y claro paladín del *accidentalismo* en la forma del Estado.

Ahora bien, el blasquismo hizo lo propio con Francisco Largo Caballero. Si bien la gestión de Largo al frente del Ministerio de Trabajo era objeto de crítica desde hacía varios meses (Juliá, 1997, 183-187)<sup>12</sup>, a partir de 1932 los ataques se dirigieron a Largo como principal dirigente del socialismo político y sindical español.

El principal momento se vivió en octubre de 1932, a raíz de los congresos del PSOE y de la UGT. Ambos hechos y sus resultados fueron utilizados políticamente contra Largo, al que le negaban la legitimidad de continuar al frente de la cartera ministerial que ostentaba, mientras era claro el apoyo a las tesis defendidas por Julián Besteiro, defensor del fin de la colaboración ministerial con los republicanos y de la intervención en el Gobierno de la República.

<sup>12</sup> Esta crítica aunaba diferentes sectores sociales: grandes y medianos propietarios agrícolas, obreros en paro, radicales, anarquistas, católicos, etc.

Para el radical-blasquismo, Besteiro representaba “las románticas inquietudes de quienes miran de cara al ideal”, frente a la mayoría de sus compañeros, partidarios de la colaboración gubernamental, que representaba “las vulgares ambiciones” (*El Pueblo*, 8/10/1932). Por supuesto, el apoyo a Besteiro residía en su claro posicionamiento en contra de la colaboración gubernamental del PSOE. Por ello, se resaltaban sus manifestaciones, como aquella en la que rechazaba la colaboración porque “no beneficia ni a la República ni al Partido Socialista, porque los socialistas, en un lugar apartado, pueden cumplir la alta misión de sostener una república democrática” (*El Pueblo*, 8/10/1932).

De este modo, el radical-blasquismo intentaba intervenir en los debates internos del socialismo para intentar minar tanto su credibilidad como su unidad de acción en busca de aquello que intentaban lograr desde hacía varios meses: la salida de los socialistas del Gobierno de la República y su entrada en él como cabezas de un gobierno íntegramente republicano. Sin embargo, aquel vio sus deseos frustrados, ya que la mayoría de los delegados socialistas acabaron dando la espalda a las tesis besteiristas y apoyando una Ejecutiva partidaria de la continuidad de la colaboración gubernamental, con Largo Caballero al frente.

Pocos días después, del XVII Congreso de la UGT, a diferencia de lo que había ocurrido en el partido, surgió una Comisión Ejecutiva presidida por Julián Besteiro, con Largo Caballero como secretario general. Sin embargo, debido a las diferencias de criterio mostradas por ambos dirigentes, Largo decidió declinar su elección en el sindicato. Este hecho fue utilizado por el radical-blasquismo para deslegitimar a Largo como ministro de Trabajo y, olvidando su victoria pocos días antes en el Congreso del Partido, se preguntaba si podía “admitirse que a un señor a quien sus correligionarios dan un voto de censura, siga desempeñando cargo tan importante” (*El Pueblo*, 25/10/1932).

Todo valía contra Largo, ya que esta misma argumentación no se había hecho respecto a Besteiro, presidente del Congreso, tras haber sido derrotado por Largo en las votaciones para la presidencia del PSOE. La diferencia era que Largo representaba al socialismo combativo, aquel que participaba plenamente en el sistema republicano y hacía frente al radical-blasquismo, mientras que Besteiro encabezaba a aquellos socialistas que apoyaban la máxima de sus adversarios: “La República para los republicanos” (Pérez Galdós, 1996).

Uno de los puntos de ataque hacia el líder socialista era su papel a lo largo de la dictadura de Primo de Rivera. El colaboracionismo socialista, sobre todo de su rama sindical, era un aspecto bastante conocido y reconocido, aunque en las filas socialistas el ataque siempre era acogido con evasivas. Por ello, sus enemigos políticos lo aprovechaban para arremeter contra ellos, personificando en Largo el colaboracionismo socialista con Primo. En este sentido, cuando en febrero de 1933, se utilizó desde la bancada del Parlamento este argumento –recordando el nombramiento de Largo como consejero de Estado–, fue rechazado desde las filas socialistas negando que en ese nombramiento tuvieran nada que ver “ni el rey ni el dictador”. Vano intento, pues el blasquismo se encargó de publicar el decreto de 1924 que aprobaba el nombramiento de Largo Caballero, con el siguiente encabezamiento: “A propuesta del jefe del Gobierno, presidente del Directorio militar...” (*El Pueblo*, 23/2/1933).

A partir del acceso al poder del radical-blasquismo, en otoño de 1933, a pesar de haber descabalgado a los socialistas, los ataques no cesaron, centrándose, a partir de ese momento, en las nuevas posiciones defendidas por Largo Caballero. Como líder del PSOE, Largo ejemplificaba todos aquellos vicios y defectos que el republicanismo moderado veía en el movimiento obrerista. Largo era la bestia negra y el argumento principal en este

nuevo contexto era la intención del socialismo de aglutinar a su alrededor a todas las fuerzas obreristas de cara a un futuro revolucionario. En este sentido, afirmaban que el líder socialista “suspira por la unión de los trabajadores (...) y por la formación del frente único”, cuando el susodicho desde el Ministerio de Trabajo había protagonizado la persecución a lo que ellos denominaban verdaderos obreros “más dura, más persistente, llena de mayor odio y realizada con más saña (...) que la de la burguesía” (*El Pueblo*, 11/3/1934). Sin embargo, ahora los intentaba atraer con sus cantos de sirena revolucionarios únicamente “en provecho suyo” (*El Pueblo*, 11/3/1934).

Los ataques a Largo tampoco cesaron a partir de octubre de 1934. Se recrudecieron a partir de 1935 y, sobre todo, durante los primeros meses de 1936. En este nuevo contexto, destaca la comparación entre Largo Caballero y León Blum, líder del socialismo francés y cabeza del Frente Popular en el país vecino. Destacaban que el líder francés había aplacado el radicalismo de sus compañeros de filas, haciéndoles entender que “el socialismo tiene esencias constructivas, no disolventes ni destructoras” (*El Pueblo*, 21/5/1936), a diferencia de lo que hacía en España Largo Caballero.

De este modo, confrontaban el maximalismo caballerista y el gradualismo de Blum, quien llegó a reclamar “tiempo, porque la obra es de largo aliento”. Y ello era lo que el blasquismo creía que debía ocurrir en el socialismo español, pues parafraseando a Blum: “Está en juego la suerte de la República”. Por ello, concluían, nada tenían que ver Blum y Largo, ya que mientras éste era “ambición y egoísmo, pasión y odio, represalias y venganza, destrucción y desorden”, el líder francés era “mesura, orden, tarea constructiva, abnegación y convivencia” (*El Pueblo*, 15/5/1936).

Este posicionamiento llevaría de nuevo al blasquismo a apostar por alguno de los contendientes en los enfrentamientos internos socialistas tras las elecciones de febrero de 1936. En este caso, también como había ocurrido anteriormente, su apuesta fue anticaballerista, apoyando las tesis de Indalecio Prieto, percibido como mayor apoyo para el régimen republicano.

Para entonces, el blasquismo y sus líderes, entre ellos Alejandro Lerroux, habían caído en desgracia y habían pasado a un lugar secundario de la política valenciana y española, como consecuencia del proceso de derechización, el pacto con la derecha católica y los casos de corrupción descubiertos a finales de 1935. Estos habían constatado lo que el socialismo venía señalando desde principios de la década: “El partido radical, partido formado por no pocas gentes delincuentes, a distancia kilométrica de la dignidad, se ha desplomado víctima de sus impurezas” (*República Social*, 19/12/1935).

Una vez que el espectro político valenciano se vio modificado sustancialmente por las elecciones de febrero de 1936, algunas de las problemáticas que habían caracterizado al período anterior se resituaron, como el conflicto que nos ocupa, que desapareció al menguar notablemente la presencia política del blasquismo.

Desde finales de 1935, el socialismo centró su atención en otras cuestiones, fundamentalmente internas, mientras que el blasquismo trató activamente de recomponer su fuerza organizativa en dos direcciones fundamentales: la reorganización interna y la vuelta a las iniciativas políticas del primer bienio, con el pacto republicano como objetivo esencial. Sin embargo, el golpe de estado de julio de 1936 quebró estas dinámicas y dio lugar a una nueva etapa, en la que estos procesos desaparecieron.

## CONCLUSIONES

La democracia republicana, entre 1931 y 1936, fue un período de fortísima competencia política. Multitud de formaciones se disputaban el respaldo del electorado en un esfuerzo por conseguir el mayor apoyo posible, gracias al cual llevar adelante un proyecto político determinado, además de, en el caso que tratamos, un tipo de república bien diferente. En esas luchas, todas las armas dialécticas eran válidas y, por supuesto, una de las principales era el desprestigio de los líderes como reflejo de los movimientos que representaban.

En el caso de Lerroux y Largo Caballero, ambos eran uno de los principales puntales de sus respectivos movimientos. Por ello, como hemos podido ver, socialistas y blasquistas utilizaron los ataques al líder de sus adversarios para revelar sus puntos débiles, aquellos susceptibles de ser útiles para provocar un cambio en sus posicionamientos y en sus apoyos. Era fundamental desacreditarlos e intentar *destruirlos* públicamente, como un elemento más del proceso de lucha entre ambos movimientos por el apoyo de unos sectores sociales en los que ambos estaban interesados.

El socialismo caricaturizó a Lerroux como pelele de la derecha más intransigente y alejada de los valores republicanos, con el objetivo de que sus seguidores, procedentes de los sectores populares, vieran como mejor opción al propio socialismo. A pesar de que el blasquismo protagonizó una clara derechización durante los años treinta, el socialismo lo exageró hasta el máximo para poder aprovechar dicho movimiento en su favor y conseguir atraer a aquellos sectores sociales que el PURA movilizaba y la FSV no conseguía arrastrar: buena parte de las clases populares y trabajadoras valencianas, sobre todo de la ciudad de Valencia.

Mientras, el republicanismo histórico intentó minar el liderazgo de Largo, al que calificaban de radical y contrario a la República por su maximalismo verbal, su posición netamente socialista y participativa en el Gobierno, y su defensa del reformismo social, sobre todo en el campo, beneficiando fundamentalmente a los jornaleros por encima de otros sectores. Con ello, el blasquismo intentaba asentar su objetivo de aglutinar a las clases medias urbanas y rurales, sobre todo aquellas de corte más moderado, a las que se sumarían sus apoyos tradicionales en las clases bajas y populares. De este modo, podría hacer frente al poder del socialismo y vería posible su objetivo: ser el pilar fundamental del régimen, aquel que marcara su ritmo político.

Sin embargo, ni uno ni otro consiguió sus objetivos. Si bien, el republicanismo histórico, finalmente, llegó al Gobierno, esto le reportó perjuicios que sólo llegaría a comprobar mucho después. Por su parte, el socialismo, aunque consiguió desacreditar al blasquismo, no se hizo con sus apoyos sociales, pues estos pasaron, prácticamente en bloque, a nutrir las filas del nuevo republicanismo, representado por Izquierda Republicana.

En el caso de los líderes, Lerroux quedó desacreditado para los votantes valencianos, pero por sus propias políticas, sobre todo por el pacto con la derecha católica. Y en entredicho constante estuvo el liderazgo de Largo dentro del PSOE, sobre todo por las luchas internas desatadas a partir de 1935. A pesar de todo, ambos, junto a Azaña y Gil-Robles, han quedado entre los principales líderes del período, generando incluso hoy amplios debates en torno a sus figuras.

## BIBLIOGRAFÍA

- AGUILÓ LUCIA, L. (1976): *Sociología electoral valenciana (1903-1923). Las elecciones en Valencia durante el reinado de Alfonso XIII*, Valencia, 442 p.
- AGUILÓ LUCIA, L. (1981), “Blasquismo y socialismo: un ensayo histórico del Frente Popular (1909-1918)”, en: Castillo, Santiago (coord.): *Estudios de Historia de España: homenaje a Tuñón de Lara*, vol. 2, Madrid, Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, pp. 63-72.
- ALÓS FERRANDO, V. R. (1992): *Reorganización, supremacía y crisis final del blasquismo (1929-1936)*, Valencia, Ajuntament de València, 308 p.
- ÁLVAREZ JUNCO, J. (1988): “Los antecedentes del radicalismo en España y la personalidad de D. Alejandro Lerroux”, en: García Delgado, J.L., *La II República. Bienio rectificador y Frente Popular, 1934-1936*, Madrid, Siglo XXI, pp. 35-52.
- ÁLVAREZ JUNCO, J. (1990): *El emperador del Paralelo: Lerroux y la demagogia populista*, Madrid, Alianza, 509 p.
- ÁLVAREZ JUNCO, J. (2012): “Liderazgo, caudillaje y democracia”, en: Mees L. y Núñez Seixas, X.M.: *Nacidos para mandar. Liderazgo, política y poder. Perspectivas comparadas*, Madrid, Tecnos, pp. 45-58.
- ARCHILÉS, F. (2002): *Parlar en nom del poble. Cultura política, discurs i mobilitació social al republicanisme castellonenc (1891-1909)*, Castelló, Ajuntament de Castelló, 2002, 323 p.
- ARÓSTEGUI, J. (ed.) (2006): *La República de los trabajadores: la Segunda República y el mundo del trabajo*, Madrid, Fundación Largo Caballero, 2006, 319 p.
- ARÓSTEGUI, J. (2007): “Largo Caballero y la herencia de Pablo Iglesias”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Vol. Extraordinario, pp. 25-34.
- ARÓSTEGUI, J. (2013): *Francisco Largo Caballero: el tesón y la quimera*, Madrid, Debate, 2013, 968 p.
- BÁDENES-GASSET RAMOS, I. (2003): *Fernando Gasset Lacasaña, biografía política de un republicano (1861-1941)*, Tesis doctoral, Universitat Jaume I.
- CARNERO ARBAT, T. (2008): “Las identidades políticas, ¿una ventana de oportunidad para la investigación?” en: Beramendi, J., Baz, Mª J., y Pérez Ledesma, M. (coords.), *Identidades y memoria imaginada*, Valencia, PUV, pp. 127-156.
- CASANOVA, J. (2007): *República y Guerra Civil*, Fontana, J. y Villares, R. (dirs.), *Historia de España*, vol. VIII, Barcelona, Crítica-Marcial Pons.
- FRANCH I FERRER, V. (1984): *El blasquisme: Reorganització i conflictes polítics (1929-1936)*, Xàtiva, Ajuntament de Xàtiva, 317 p.
- FUENTES, J. F. (2005): *Francisco Largo Caballero. El Lenin español*, Madrid, Síntesis, 415 p.
- JULIÁ, S. (1987), “Objetivos políticos de la legislación laboral”, en: García Delgado, J.L. (comp.), *La II República española. El primer bienio*, Madrid: Siglo XXI, pp. 27-47.
- JULIÁ, S. (1990): *Manuel Azaña. Una biografía política: del Ateneo al Palacio Nacional*, Madrid, Alianza Editorial, 506 p.
- JULIÁ, S. (1997): *Los socialistas en la política española, 1879-1982*, Madrid, Taurus, 650 p.
- KERSHAW, I. (2003): *El mito de Hitler. Imagen y realidad en el Tercer Reich, Barcelona*, Paidós, 374 p.
- MARTÍN ARRANZ, R. (1987): “El liderazgo carismático en el contexto del estudio del liderazgo”, en Álvarez Junco, J.: *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*, Madrid, Siglo XXI, pp. 73-100.
- MONTERO GIBERT, J. R. (1977): *La CEDA. El catolicismo social y política en la Segunda República*, Madrid, Ediciones de la Revista de Trabajo, 2 vols.
- PÉREZ GALDÓS, B. (1996): *La Primera República, Episodios Nacionales*, Quinta Serie, Madrid, Historia 16, 208 p.

- PÉREZ LEDESMA, M. (1987): *El obrero consciente: dirigentes, partidos y sindicatos en la II Internacional*, Madrid, Alianza, 269 p.
- PETRACCA, O.M. (1982): “Liderazgo”, en: Bobbio, N. y Matteucci, N. (comps.): *Diccionario de política*, Madrid Siglo XXI, 2 vols.
- PIQUERAS ARENAS, J. A. (2006): *Persiguiendo el porvenir. La identidad histórica del socialismo valenciano (1870-1976)*, Alcira, Algar, 332 p.
- PUHLE, H.J. (2012): “El liderazgo en la política. Una visión desde la historia”, en: Mees, L. y Núñez Seixas, X.M.: *Nacidos para mandar. Liderazgo, política y poder. Perspectivas comparadas*, Madrid, Tecnos, pp. 23-43.
- REIG, R. (1986): *Blasquistas y clericales: la lucha por la ciudad en la Valencia de 1900*, Valencia, Alfons el Magnànim, 429 p.
- RICO, G. (2009): *Líderes políticos, opinión pública y comportamiento electoral en España*, Madrid, CIS, 378 p.
- RUIZ MANJÓN, O. (1976): *El Partido Republicano Radical, 1908-1936*, Madrid, Tebas, 710 p.
- TOWNSON, N. (2002): *La República que no pudo ser. La política de centro en España (1931-1936)*, Madrid, Taurus, 531 p.
- VALERO, S. (2012): *Reformismo, radicalización y conflicto interno en el socialismo español. La Federación Socialista Valenciana durante la Segunda República y la Guerra Civil (1931-1939)*, tesis doctoral, Universidad de Valencia.
- WEBER, M. (1944): *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, México, Fondo de Cultura Económica.